

LA FACULTAD.

PERIODICO DE CIENCIAS MEDICAS.

MEJORA INTELECTUAL, MORAL Y MATERIAL DE LA CLASE FACULTATIVA.

ADVERTENCIA.

Para concluir el discurso del Sr. Martinez y publicar el número mayor posible de suscritores, hemos tenido que suprimir el artículo de fondo y el folletín. El próximo número saldrá ya en otra forma.

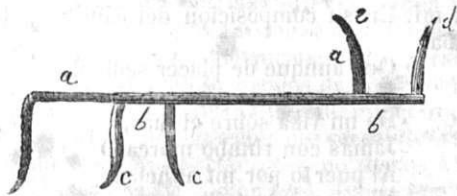
PARTE PINTORESCA.

FIGURA PRIMERA.



Representa un cálculo vesical, estraído por el Dr. D. José G. Olivares á un jóven de 16 años, natural de la Coruña, en 22 de noviembre de 1846. La letra A figura la superficie libre del cálculo; B la superficie adherida. La curacion fué pronta y el éxito completamente feliz.

FIGURA SEGUNDA.



Pelvímeter de Contouly. En otro número hemos hablado de la pelvimetría en general, y describimos el pelvímeter de Baudelocque. Nos ocuparemos hoy del de Contouly. Este instrumento se compone de dos varillas horizontales

de las cuales la una *aa* se aloja y mueve en el cuerpo de la otra *bb*: cada una de ellas tiene en su estremidad anterior una lámina vertical *d e* fija en ángulo recto que presenta inferiormente ó sobre su parte convexa unos muelles *cc* destinados á mantenerla mientras se introduce y desarrolla uno de los brazos en la vagina. Una escala graduada sirve para marcar el espacio comprendido entre las dos láminas á proporcion que se acercan ó se alejan la una de la otra. Si se trata de medir el diámetro sacro-púbiano del estrecho superior, se introduce la rama *b b* en la vagina y se aplica su varilla *d* sobre la salida del sacro donde se sostiene fija por los muellecitos *c c*: se desliza por su gotiera el brazo móvil *a a* hasta que su lámina *e* se aplique contra la sínfisis del pubis. Del resultado se deducen seis ú ocho líneas por el espesor del pubis y por el espesor del instrumento, y de esta manera se obtiene la longitud del diámetro que se buscaba.

Este instrumento no puede emplearse cuando la cabeza del feto esté encajada en el estrecho; su introduccion suele ser dolorosa á causa de la resistencia que oponen las partes blandas á su introduccion. Por estos y otros muchos inconvenientes que en él se encuentran no se usa nada ó casi nada este pelvímeter.

El gran pelvímeter de Stein, especie de pinzas de anillos con sus ramas encorbadas; y el de Aitken, que no es otra cosa que una sonda de mujer graduada por uno de sus lados; el pelvímeter de Astrubali, y el intropelvímeter de Mme. Boivin, son otros tantos instrumentos destinados á medir el interior de la pelvis.

El que mejores datos nos suministra es este último, que puede servir á la vez de pelvímeter interno y de compás de espesor. Tiene alguna semejanza con el de Stein: difiere esencialmente del de Contouly, aunque está construido bajo los mismos principios, y es de una aplicacion mucho mas fácil. Tendremos ocasion de describirle y representarle en otra figura.

SECCION NEUTRAL.

J. N., natural de Lazcano en Guipúzcoa, de 38 años de edad, casada, temperamento sanguíneo y constitucion robusta, llevaba ya cinco años de matrimonio, durante los cuales tuvo tres hijos robustos sin que le quedase secuela alguna puerperal. Hízose embarazada del cuarto cuando la sobrevino una enfermedad que segun la relacion que me hizo, fué una calentura de naturaleza nerviosa que la tuvo postrada en cama tres meses; por fin se restableció y quedó al parecer con tanto grado de robustez y salud como antes de la afeccion. Así se pasaron tres meses cuando al fin de ellos, que correspondian al noveno del embarazo, se sintió de repente acometida de una laxitud general; el vientre se le puso flácido, el feto caía segun su centro de gravedad á derecha é izquierda, arriba ó

abajo, conforme la posicion que tomaba la paciente, apareció círculo amoratado en los ojos, cara lánguida, mamas flojas y blandas, conservándose el resto de sus funciones en estado normal; dormia bien, tenia apetito, etc. A los 15 dias que duraba este estado sobrevinieron dolores de parto y dió á luz un niño robustísimo, pero con señales evidentes de descomposicion tales como fetidez, blandura de la piel que se desprendia por la presion, manchas lívidas en varias regiones de la misma, las aguas eran turbias y fétidas, y la placenta muy floja y con alguna fetidez. Sin embargo de lo dicho, la mujer se restableció sin tener novedad alguna, de modo que á los ocho dias se hallaba de nuevo entregada á sus quehaceres domésticos. Dos meses despues volvía á encontrarse embarazada sin que notase el mas mínimo accidente en todo su embarazo, hasta que entrada ya en el noveno mes volvió á sentir los mismos fenómenos que la vez anterior; vinieron los dolores de parto y dió á luz otro niño muerto con las mismas condiciones que el anterior. Se restableció de nuevo con una prontitud maravillosa; volvió al estado de preñez y sucedió lo mismo que en las dos veces anteriores; tres embarazos mas se subsiguieron con los mismos fenómenos, cuando fué llamado para el cuarto estando ya la interesada en el séptimo de él; entonces me consultó, y enterado de cuanto dejo espresado, me reuní con dos compañeros, siendo de parecer que, atendido á que habian precedido siete embarazos desgraciados, á que los fetos nacian perfectamente desarrollados y por consiguiente á que eran viables puesto que los fenómenos que indicaban su muerte se verificaban siempre despues de entrado el noveno mes, y á que la muger reunia á una conformacion preciosa, una robustez estraordinaria, de modo que nada contraindicaba en ella el promover un parto prematuro, digo que fué de opinion que en cuanto llegase á fines del octavo mes de embarazo pasásemos á promover el parto artificial para salvar la vida al feto. Mis compañeros fueron de distinto dictámen, apoyados casi en las mismas razones tomadas en sentido inverso, puesto que viendo á la mujer bien conformada, completamente sana y que nada absolutamente indicaba el promover el parto prematuro, digeron que era arriesgado y aun contra lo que se previene en medicina legal, el pasar á verificar la operacion que les proponia. Con esta contrariedad, y siendo solo para sostener mi opinion, tuve que ceder y dejamos seguir su marcha natural á la preñez. Se habria transcurido mes y medio largo cuando fué llamado de nuevo, y observé en la mujer los mismos fenómenos que dejo referidos al principio de esta historia, á saber: un estado de languidez general, pesadez en los movimientos voluntarios, cara triste y abatida, círculo amoratado alrededor de los párpados, flacidez de las mamas, el feto cambiaba de sitio como un cuerpo pesado que sigue los movimientos de su centro de gravedad segun la posicion que tomaba la mujer, y se presentaban en ella los fenómenos mecánicos segun los órganos que se hallaban comprimidos por el fruto de la concepcion. Considerando, pues,

que ya se había verificado la muerte del infante, y por consiguiente que era inútil promover el parto, fui de parecer que esperásemos á que este se verificase espontáneamente. Así se hizo, y á los ocho días poco más ó menos volví á ser llamado repentinamente, y encontré á la enferma con dolores verdaderos puerperales, acompañado cada uno de ellos con un golpe de sangre considerable; la enferma estaba abatida, débil, y un desmayo se seguía á otro. Sin pérdida de tiempo llamé á un par de compañeros, y resolvimos en el acto terminar el parto, pero nos fué imposible: la placenta se hallaba adherida fuertemente al orificio del útero, y cada vez que se la tocaba la hemorragia se hacia mas considerable. En este estado resolvimos hacer un taponamiento forrado con el fin de aumentar los dolores puerperales, de dilatar por su medio el cuello del útero para que nos permitiera la introducción de la mano y de contener la metrorragia que se hacia inminente. Efectivamente se logró cuanto nos proponíamos; los dolores se aumentaron, el cuello del útero se dilató y la hemorragia se contuvo. Reanimamos las fuerzas de la enferma con algunos caldos, y la dimos interiormente el centeno cornezuelo etc. á la hora y media los dolores se hicieron intolerables, las contracciones de la matriz eran violentas, y todo indicaba la proximidad del parto; quitamos el tapon, y fué tal el chorro de sangre que salió en cuanto concluimos de hacerlos; que á los pocos segundos era ya cadáver esta mujer desgraciada. Se practicó en el acto la operación cesárea, y encontramos al feto muerto y en el estado de putrefacción de las veces anteriores, pero bien conformado y desarrollado. La placenta se hallaba adherida en mas de la mitad de su volumen á la parte izquierda del borde del orificio de la matriz.

De la antecedente historia se deducen las siguientes cuestiones: 1.^a ¿Cuando se presente un caso de esta naturaleza será ó no oportuno promover el parto prematuro?

2.^a Cuando se presente una insercion viciosa de la placenta como en el caso actual, qué indicaciones terapéuticas quirúrgicas deberá llevar el profesor á mas de las que dejo referidas?

Tales son, señores redactores, las cuestiones que presento á la ilustracion de mis compañeros, para ver si de su aclaracion logramos sacar algun fruto que pueda servir de utilidad al arte de partear y á la medicina legal.

Sin mas se ofrece de Vds. afectísimo seguro servidor Q. S. M. B.

DR. MANUEL MATEU Y FORT.

REVISTA

DE HOSPITALES NACIONALES.

Hospital General.

1.^a Observacion de un joven que perdió ambas manos por causa de haberse disparado un barreno al tiempo de desargarcelo. — Un joven de 30 años, de temperamento sanguíneo bilioso, idiosincrasia atlética, constitucion y conformacion buena, de oficio cantero; el día 15 de setiembre, despues de cargado y puesta la mecha al barreno, le prendió fuego por varias veces, y no se consiguió el que ardiera; por lo que tuvo que descargarlo á mano: le echó una poca agua para ablandar el tazo, y estando á medio sacarlo se le prendió fuego sin saber cómo; y las manos con que tenia agarrada la barrena y esta se las llevó sin saber á dónde, y la última estaba mas de veinte y cinco pasos: la separacion de las manos fué por su articulacion cubito radio carpiana; en una, esto es, en el brazo izquierdo, se llevó tambien como una pul-

gada del cubito y radio, y en el derecho nada mas que del radio, quedando la estremidad inferior de ambos antebrazos de forma irregular; por lo que, en Alpedrote, tres profesores de cirugía regularizaron los cortes y separaron todas las porciones de tejidos dislacerados; además se le fracturó el cubito y radio de ambos brazos; por su parte media se le puso dos apósitos, tanto de fracturas como de amputacion; el 16 en la noche vino al hospital, donde no se amputó por la parte media de los brazos, por la inflamacion tan intensa que traian; la cara y frente la tenia quemada; el ojo izquierdo quemado; los primeros días estuvo muy malo, de modo que se temia por su existencia; gracias al plan antilofístico bien coordinado y á la poca edad del sugeto; ha dado mucha cantidad de pus y se han extraido algunas esquirlas; en la actualidad está mejor, y otro compañero que se quemó el pecho y la cara se marchó con alta.

2.^a Observacion de una herida contusa que interesaba la lámina esterna del coronal. — Un joven de 22 años, de temperamento sanguíneo nervioso, constitucion y conformacion buena, el día 2 de octubre recibió una herida contusa situada en la parte izquierda del coronal, y ángulo superior anterior del parietal del mismo lado, de dos pulgadas de longitud, que interesaba el cuero cabelludo, músculo occipito frontal y la lámina esterna de ambos huesos; el golpe que recibió con el palo le quitó el sentido: el día 3 vino á este establecimiento y casi en supuracion, por lo que se le curó con planchuela de cerato, compresas y un pañuelo triangular; al principio, el pus era de mal carácter pero luego se remedió á beneficio de los digestivos, estando en la actualidad completamente cicatrizada la herida.

3.^a Observacion una de herida contusa con colgajo de cerca de seis pulgadas; curada á los 25 ó 30 días. — Un muchacho de 10 años, de temperamento sanguíneo nervioso, constitucion y conformacion buena; el día 8 de octubre estando jugando sobre unas piedras cayó como de dos varas de alto de cabeza, levantándose todo el cuero cabelludo, formando una especie de triángulo cuyo vértice estaba en la parte media de la sutura sagital, y la base correspondia á las partes laterales e inferiores del coronal; la estension de la herida era de seis pulgadas, el vértice del colgajo se ransó, estando casi seca toda la superficie de la herida: vino á este establecimiento, se le hizo todo lo posible por poner en contacto los dos bordes de la herida, lo que se consiguió á beneficio de los aglutinantes y vendaje conveniente, consiguiendo ver cicatrizada la herida á los 25 ó 30 días.

Una señora de 80 años de edad, temperamento sanguíneo, robusta y varonil, que habitaba en la calle de Silva de esta corte, vivia sola y su método de vida ha sido el siguiente: Comia diariamente una libra ó dos de carne y un cuarto de gallina; consumia todos los meses una arroba de vino comun, seis cuartillos de aguardiente fuerte de Francia, y además se bebia todas las tardes una botella de Málaga, Jerez ó cualquier otro vino generoso. A últimos de la semana pasada percibieron sus vecinos un olor particular á cosas quemadas; dieron parte á la autoridad, la que entró en la habitacion de esta señora, la cual estaba tendida en el suelo con grandes quemaduras, estensas regiones ya carbonizadas, y sin embargo, en la habitacion no habia brasero ni luz. Fué conducida al hospital, donde se vieron los destrozos que tenia: las estremidades superiores quemadas, sobre todo el brazo izquierdo; parte de la cabeza y la cara, toda una nalga y parte del pubis, sin que se quemara el vello de esta region, ni el pelo que tenia en abundancia en la cara. Las costras ó escaras eran untuosas y por entre las hendeduras de la piel salia el tegido celular como der-

retido. La enferma no daba razon de su estado y preguntaba que qué era lo que tenia: se intentó sangrarla y aunque se picaron las venas en varios puntos no se pudo conseguir. Se aplicó el linimento-óleo-calcáreo, pero á los dos días sucumbió. Cuando veia una luz no cesaba de soplar como si temiera algo de ella. No se ha practicado la autopsia. Tenemos un caso de quemadura espontánea semejante á otros muchos que de este género posee la ciencia.

REVISTA

DE SOCIEDADES NACIONALES.

Oracion inaugural, pronunciada por D. Ildefonso Martinez y Fernandez en la Academia de Esculapio el día 15 de noviembre de 1846.

(Continuacion).

¿No teneis, señores, hijos, padres y hermanos? ¿creeis que cuando se pierde un tesoro, se le deje en la oscuridad y en el olvido? ¡Ah! no, no lo creeis; vuestro sentimiento lo rechaza y vuestro corazon se estafia al considerar el tributo que se debe al genio. En efecto; en menos de un año, señores, ha perdido la Academia esos dos jóvenes, ambos colegiales internos, ambos condiscípulos, ambos consocios y entrambos á dos genios privilegiados, aunque en distinta línea.

Era Tomás Lopez Espada, hijo cariñoso, joven amable, de maneras sencillas, de decir galan, gran elocuente, su estilo era ampuloso, pero claro, su voz enérgica y con cierta insinuacion seductora, aunque varonil, en extremo religioso, profesaba con conviccion sus doctrinas y aun era grande en lo mas sencillo, vestia sus creencias con las galas del lenguaje, de tal modo que encantaba al escuchante; ingenio veraz, afable, cariñoso; era filosóficamente considerado un ingenio profundo, original y sencillo, hasta rayar en demasiado modesto; aun me parece que le estoy escuchando cuando decia hablando del magnetismo: «Señores, los grandes descubrimientos tardan mucho en dictar leyes; admitidos los hechos, las leyes se fundarán despues; lo que hoy parece como fabuloso, mañana podrá ser cierto; yo de mí sé decir (añadia con su ingenuidad) que creo en el magnetismo, y que las esplicaciones fisiológicas que aqui se han dado en contra no me convencen para desecharle.»

Francisco Garcia Acimonte era de cuerpo gentil, de temperamento nervioso, de imaginacion feliz, profesaba con franqueza sus opiniones y las defendia con calor; su decir era claro y fácil, pero en este punto no igualaba ni con mucho á Espada; mas veloz en sus concepciones, mas rápido en su produccion era menos fecundo y reflexivo; pero donde sobresalia el desgraciado Acimonte era en la poesía; era un vate dotado de sentimientos generosos, demócrata por sentimiento y conviccion, habia un no sé qué de amargura y melancolia en sus versos, que constituye su principal belleza.

Escuchad algunos de sus versos escogidos por mí. En su composicion del cáncer, esclamaba:

Que aunque de placer sediento.
Remó siempre vario el viento
De mi vida sobre el mar,
Jamás con rumbo marcado
Al puerto por mí anhelado
Mi pensamiento llegó;
Cuando sus aguas tocaba
Y ya feliz me contaba,
La tempestad me perdió.

Ciertamente, señores, puede decirse que

cantaba aquí su desgraciada y prematura muerte; sin llegar aun al puerto de la vida, cayó agostada esta tierna planta por el cierzo helado, y murió á los veinte años de su edad, lleno de esperanzas é ilusiones.

En su bellísima composición *La caridad*, dedicada á cantar lo que es un hospital, hay estas sentidas estrofas:

Cantad de nuestra vida la ventura
otros con bello acento y melodía;
yo cantaré sus males, su amargura,
por que la lira mia
jamás al venturoso le divierte
y con el desgraciado llanto vierte.

Terminando esta hermosa composición con estos versos:

Vosotros, que sabeis cantar placeres,
consolad de esos hombres la amargura,
yo solo sé llorar su desventura,
y es consuelo impotente, aunque leal.
Y si tal vez anhela vuestra lira
el ensalzar de la igualdad las leyes,
contemplad los palacios de los reyes
y contemplad después un hospital.

Ya veis, señores, el mérito que encierran esas composiciones, pero á quien me dirijo; ah! so-
brado lo sabeis, apreciables jóvenes, vosotros
que acompañasteis á ambos á la última morada;
vosotros que recitasteis su oración fúnebre; vo-
sotros que regasteis la tumba de ambos con abun-
dante llanto; vosotros en fin, que añadisteis esa
nueva virtud á la que ya teniais. Y yo, señores,
tambien los acompañé y regué su tumba con
mis lágrimas, pudiendo decir de ambos, lo que
Acimonte cantara meses antes de su muerte.

Yo acompañé aquella alma solitaria
hasta el fin del desierto de la vida,
y así le fué mi ciencia necesaria
para no renegar á su partida.

Yo, al elevar al cielo mi plegaria
después de su postrera despedida,
amase con mi llanto de amargura
el barro que cubrió su sepultura.

Descansad en paz, jóvenes apreciables; des-
cansad en paz, que vuestra memoria no morirá
jamás en la Academia de Esculapio, y vuestros
nombres serán inscriptos para siempre entre los
demas socios fundadores. Si, ilustres consó-
cios! una memoria eterna debemos tener de
esos dos jóvenes, dechado de aplicacion. No-
sotros no sabríamos cumplir con el deber mas
sagrado de conciencia, si no pusiéramos dos
cuadros en el salon de nuestras sesiones, en
que se inscribiesen sus nombres y los servicios
que habian hecho en favor de la sociedad. Así
os lo ruego, así lo exijo de vosotros que sabreis
secundarme en tan filantrópico como útil pro-
yecto, para estímulo completo de la juven-
tud estudianta, y para reconocimiento de lo que
la Academia les debe.

Cumplido para mí un tributo de conciencia,
al que no debia faltar, paso ya á demostraros
el faro luminoso que debe de guiarnos en la
investigacion de la verdad, y en la marcha pro-
gresiva de la medicina actual.—*Que utenda ac-
ceperis meliora reddet si possis. (Hesíodo.)*

En vano, señores, en vano y sin fruto nos
molestaremos en derribar principios que han
reconocido los siglos, si nuestras palabras no
estan basadas en hechos inconcusos y en racio-
cinios exactamente deducidos de la verdadera
filosofía y sana crítica. En vano intentaremos
la reforma, si comenzamos por ser injustos con
los que nos precedieron, y si no damos á las
palabras la acepcion genuina y franca que tie-
nen; si llevados del calor de una imaginacion
lozana y juvenil, no nos pusiéramos ante el
templo de la ciencia con veneracion y respeto,
para descender el velo misterioso que rodea el
origen de las ciencias, y cubre aun de dudas el
horizonte de la historia de la medicina.

Por esto, pues, voy á guiarnos á una escuela
afirmativa, á un tiempo en que no se dudaba
tanto como hoy, y á una época grande, mara-
villosa, para quien la contempla con ojos des-
preocupados, para quien la interroga con el
juicio y reflexion; época que no han destruido
los tiempos y punto de partida, fuente y origen
de todas las reformas útiles, que se han hecho
en la ciencia preciosa á que os habeis dedicado.

Cuando los médicos cansados de teorías y sis-
temas, en lucha siempre con la observacion;
quieren descansar de sus fatigas, vuelven su
vista á esa época grande, que con el nombre de
Hipocrática se conoce, fundada por el genio
privilegiado de la Grecia, el anciano de Cos, el
divino viejo, de quien escribia nuestro San-
chez «que si Galeno y Aberrohes habian escri-
to como grandes hombres, Hipócrates lo ha-
bia hecho como inspirado.»

—No creais, señores, que yo sea de la opinion
de los que con Galeno creen, que todo cuanto
aquel grande hombre dijo, fuere cierto; ni
penseis tampoco, que cual otro Sinapio, tenga
la atrevida presunción de corregir á quien solo
me toca admirar; colocado entre ambos extremos,
es mi ánimo probaros que la sana razon, la
fina crítica, la filosofía médica, quiere y debe
remontarse á esa grande época para fructificar
convenientemente; por cuya razon creo con el
ilustre Dureto «que tres dias de lectura de Hi-
pócrates enseña mas medicina que la mitad de
cuanto se ha escrito después.»

Al desenvolver estos principios, no voy á
resucitar la fastidiosa cuestion de los *empíricos*
y *dogmáticos*, resuelta hace ya muchos años en un
término medio; ir á discutir si Hipócrates teo-
rizó ó dejó de teorizar, porque esto no tiene ni
aplicacion inmediata, ni menos utilidad cien-
tífica, para qué entre en nuestras miras filosó-
ficas.

Abranse los libros de la coleccion hipocrática,
léanse, y se conocerá fácilmente que en ellos
hay teorías; mas ó menos ingeniosas, anterio-
res, contemporáneas ó posteriores al divino
viejo, pero que la crítica actual no puede resol-
ver afirmativamente, ni aun casi de un modo
aproximativo. Mi objeto es mas filosófico que
decir, si teorizó ó no; mi fin es mas palmaria-
mente práctico, es resolveros esta pregunta.
¿Qué dió reputacion á Hipócrates? ¿Por qué
recurren á él todos los hombres sensatos, fati-
gados de la duda é incertidumbre?

Es indudable para todos, que lo que dió la
veneracion y respeto á las obras de Hipócrates,
no fueron nunca las doctrinas sistematicas, los
principios teóricos, ni la sublimacion de imagi-
narias ideas, que en algunos de sus escritos exis-
ten; no, jóvenes, no es eso lo que le dió esa
reputacion imperecedera; fueron sus obras prác-
ticas, fueron los resultados de la observacion
filosófica, verídica y exacta de los hechos, y
por eso con razon ha podido decir Baglivio: *Ars
médica tota in observationibus*. Sí, esas obras
práticas; los aforismos, los pronósticos, el li-
bro 1.º y 3.º de las epidemias, las coacas y los
presagios no perecerán jamás; porque estan
fundadas en la observacion, en esa observacion
que tan bien pinta Zimmermann, diciendo «que
«retrata el objeto que se propone, de tal modo,
«que si él pudiera hablar dijese: así queria yo
«ser descrito.»

No ventilaremos tampoco, si para observar
se necesita raciocinio, y si los hechos que son
los elementos de nuestras ideas y juicios, cuan-
do se espresan estos, salen del dominio de la
observacion; no desperdiciaremos lamentable-
mente el tiempo en esto; solo sí diremos «que los
«resultados de la experiencia, son lo que consti-
«tuyen la observacion; los hechos son los ele-
«mentos; la observacion es la consecuencia, es
«el corolario que de ellos emana, ó como dice
«nuestro inmortal Huarte, la imaginativa per-
«cibe los objetos sensibles, pero al entendimiento
«toca, á la razon compete establecer la gene-
«ralizacion, la relacion filosófica de los mismos
«hechos.»

Si fuese cierto que la observacion fuera úni-

camente el empirismo, y la consecuencia de
solo la aplicacion de los sentidos, tambien de-
biera ser verdad, que quien tuviese los sentidos
mas perfectos y la atencion mas intensa seria el
mejor observador, y ciertamente que esto no es
así; son sí muy necesarios los sentidos y la
atencion al observador, pero lo que constituye
el talento práctico, ese tacto médico de Riche-
rand, ese demonio familiar de Zimmermann
y Clerc, instinto natural de Tierri; es una feliz
disposicion que corresponde á la estension de
facultades intelectuales, y á la exactitud en de-
ducir juicios; ese tacto, ese no se qué, le ha
tenido Hipócrates en grado eminente.

Si se exceptúan algunos aforismos esencial-
mente teóricos, algunas palabras sistematicas
que existen en sus obras genuinas, lo demas
son principios deducidos rigurosamente de he-
chos; pero de hechos bien observados, que
fueron la espresion fiel de la cosa observada, y
por esa razon no quieren mas comentario que su
admisión, sus creaciones de todos los siglos y
todos los sistemas, no han podido hacer otra
cosa que aceptarlos. De consiguiente, queda
suficientemente probado, que si Hipócrates tie-
ne reputacion, que si puede decirse llega hasta
veneracion é idolatría el culto que se le ha ren-
dido en todos tiempos, y que probablemente se
rendirá hasta la consumacion de los siglos, no
fué, es ni será, por las ideas teóricas que encier-
ra, sino por las verdades deducidas de la mas
fiel y verídica observacion, de esa cualidad fi-
losófica á que se refiere Baglivio, al establecer:
«que la medicina, toda ella, consiste en la ob-
«servacion.»

¿Por qué recurren á él todos los hombres sen-
satos, fatigados de la duda é incertidumbre?
Recurren á él, señores, porque no los enga-
ña; no es el lenguaje falaz de la imaginacion,
ni las suposiciones gratuitas que la alquimia ó
la astrología ha creado; recurren á él, porque
su medicina no es de Haller, no es de hoy ni
de mañana, sino de siempre; recurren á él,
porque en su práctica han confirmado siempre
las sentencias y verdades que aquel grande
hombre habia abarcado en su cerebro (que pa-
ra valirme de una espresion mitológica) seme-
jante al de Vulcano, de quien salió Minerva,
asi del suyo salieron los luminosos rayos de la
observacion para ser confirmados por los siglos,
como si en aquella venerable cabeza existiese
el talento y la intencion filosófica progresiva
del género humano.

Así es como veis entre los españoles la cele-
bridad, los comentarios del divino Valles, de
quien ha dicho Boherave: «que si fuese creible
la transmigracion de las almas, sin duda la de
Hipócrates habia pasado al cuerpo de aquel.» Y
¿por qué son tan apreciables los comentarios
de este grande hombre, me preguntareis? Por-
que comentó prácticamente, añadiendo los he-
chos á los hechos, justipreciándolos y exami-
nándolos filosóficamente; no es su reputacion
lo mucho que de teórico tienen, no; lo aprecia-
ble, lo que le dió reputacion son las sanas doc-
trinas, la interpretacion de los fenómenos ob-
servados, y la crítica justa deducida de su ob-
servacion feliz. ¿Deberá su reputacion colosal al
ilustre ciudadano de Roma, el patriarca de la
cirugía, el erudito celso, á la teoría y á los sis-
temas? No, en verdad; bien sabeis que no; sino
á su talento de observacion, á su delicada crí-
tica é ingenio analítico.

¿Qué ha quedado de la nombradía y fama del
eruditísimo médico de Pergamo, del ilustrado
y fogoso Galeno? Bien poco, señores, ha de-
jado que nos llame la atencion; muy cortos vo-
lúmenes podrian ocupar sus verdades y lo que
le dá actualmente mérito; mientras que sus
fantasías y creaciones teóricas pudieran ocupar
muchos tomos.

Buscáis en el campo de las congeturas un
áncora de salvacion, y entre mas de mil mé-
dicos, no encontrais en la série de siglos de la
historia primitiva, mas que algunos nombres
que se respeten hoy: Aretéo, Oribasio, Celso,
Aureliano y ¿por qué ese respeto hacia esas per-

sonas? ¿Serán sus seductoras teorías, sus juicios aventurados ó dependerá de los datos que en observacion nos suministra? Ciertamente que esta última causa es la que nos hace buscarlos con cierta ansiedad; no extrañéis, pues, que cuando los médicos alaban á Areteo, lo hagan con cierta veneracion, llamándole el Rafael de la medicina, que este dictado no se le dieron por pertenecer á la secta neumática, sino por la exactísima descripcion de las enfermedades, en que segun testimonio del eruditísimo Lefebvre de Villebrun, «igual, si no sobrepuja á Hipócrates.»

Si tratáis de estudiar la escuela árabe, y la árabe-española, ¿qué nombres se os presentan que os alaguen? ¿qué personas cuya reputacion os seduzca y cuyas obras deseéis, sino las de Rasis, Avenzoar, Albulcais, Aberroes y Avicenna? ¿cuál es pues la causa de esa predileccion? Ah! esa causa, ese móvil, no son, nó, sus teorías aventuradas, ni sus disputas escolásticas, ni su lenguaje oriental; son mas bien las observaciones, la sintomatologia mas exacta quien os conduce á pagar esas obras con sobrado precio, en relacion á las de su época.

¿Que grangeó reputacion eterna á los Sydenham, Morton, Baillon, Baglivio, Ramazini, Mercados, Heredias, Vegas, Merteus y tantos otros? Serian los racionios y las teorías de su época? No ciertamente; lo que les grangeó su renombre inmortal, lo que les valió su fama imperecedera, fueron sus observaciones minuciosas y exactas; el ser unos verdaderos ministros de la naturaleza; el describir lo que vieron, como lo vieron; el confesar el resultado hasta de sus extravíos, con aquella franqueza digna de que vosotros jóvenes apreciáveis la imiteis.

Bien es que me dirán algunos, esos vuestros ídolos han teorizado, han tenido opinion, han hecho juicios, han sido teóricos, luego todo cuanto alegais en favor de la observacion de esos hombres, es en contra vuestra; á tales argumentos yo solo contestaré con un hecho inconcuso, á saber: *que la reputacion de estos AA, la deben á la observacion y no á sus teorías; pues estas caducaron con el tiempo; son como los ensueños, se sustituyen unos á otros; pero como cosa fuera de la realidad, el placer que causan cuando se sostienen, produce inmediatamente el dolor cuando viene á destruirlos el desengaño.*

Abrid los fastos de la historia, preguntad á los tiempos, dirigid una mirada escrutadora hácia esas reputaciones teóricas, siempre fugaces, que se suceden unas á otras, que cambian á cada paso, y sobre todo, apelad al testimonio inequívoco de vuestra conciencia y ella os contestará: Los Temison, los Asclepiades, los Atheneos, los Docmáticos, los Empíricos, los Sthal, los Hoffman, los Boerabe, los Broovn, los Rasori, los Brussaís, los Hahneman, han sido faros ilusorios en la historia de la medicina.

¿Qué quedará de sus nombres para los futuros siglos? Una crítica amarga de sus teorías, tal vez el sarcasmo, que hoy se hace de Galeno; y si algo queda, será aquello en que no sistematizaron, en lo que fueron ministros de la naturaleza y observadores despreocupados. Hé aqui, señores, lo que quedará de tanta reputacion colosal hoy, y que mañana borrará la mano del tiempo; sí, señores, mañana; porque el transcurso de algunos siglos en la historia de las ciencias, es como un día.

Si, pues, como acabais de ver, las teorías se suceden con pasmosa rapidez, si el individualismo crece y no hay lazo ninguno que pueda reunir los sabios en la investigacion científica, si cada hombre es una escuela, un reformador ¿qué remedio podrá atajar semejante desorden y anarquía? ¿Será la invencion fantástica de una nueva teoría, discutida en un congreso médico general? Ah! no, jóvenes amables; bien conocéis que esto es difícil, y sobre difícil imposible, en una época en que queriendo todos ser maestros, cada cual está tan pagado de su opinion que jamás la abandona,

que va con él á la Academia, á la cátedra, al paseo, y en un tiempo en que todo el mérito se quiere hacer consistir en las galas oratorias, en la fogosidad de la imaginacion, y en la creacion de teorías cada vez mas fantásticas y arriesgadas, como si las lecciones de la experiencia nada valiesen, y como si en la ciencia de la vida fuese indiferente el estudio de lo esencial, para perder lastimosamente el tiempo, en crear concepciones intelectuales semejantes á las novelas en la literatura.

Demasiado cierto es, señores, el cuadro que acabo de bosquejaros; sobrado ligeramete lo toco, para la energía con que debiera hacerlo. Sí, señores, sí; ved los periódicos médicos, leed los artículos que se escriben sobre la electricidad animal, y otras mil y mil cosas aun mas congeturables y escéntricas; ¿habeis olvidado que el Dr. Franz asegura haber aislado el fluido nerveo, y que le ve circular? ¿No os avergonzais que en el siglo XIX se escriba la obra de Rubampré? ¿No estais vosotros, jóvenes, siendo víctimas de ese análisis escesivo á que nos conduce el movimiento literario de la época.

Pues bien, volvamos en nosotros mismos; busquemos cuál es el medio de organizarnos, de asociarnos á la regeneracion científica. Ese medio, señores, va comenzando á presentarse; publíquense las observaciones que cada cual redacte con conciencia, sin el mas ligero asomo de teoría; dejemos de brillar por las galas del decir, y la instruccion vanidosa de las teorías anteriores y de las reinantes; y procuremos mas bien que nuestras historias sigan aquel gran modelo, aquel divino faro que tantas veces hemos invocado, al divino viejo, á Hipócrates, en fin; de ese modo cumpliremos nuestro cometido; unámonos todos para tan grande empresa; obsérvennos mutuamente, y cuando tengamos ya suficiente número de hechos, entonces, señores, entonces imitemos á Hipócrates, formulemos una cartilla aforística de nuestros descubrimientos, del resultado de nuestras observaciones particulares, y levante un monumento, que no puedan destruir los siglos, á no cambiar enteramente el aspecto de la ciencia, ó mas bien aun, las leyes de la madre naturaleza.

Pero me direis, ¿qué pensamiento es el vuestro? Ese pensamiento es difícil; esa concepcion no se puede cumplir; ese caso aun no ha llegado; nosotros queremos la ciencia, y no pensamos que debe permanecer estacionaria, queremos el progreso, y creemos que eso le perjudica.

No, señores, no perjudicaria al progreso de la ciencia lo que digo; no es tan difícil como parece á primera vista, ni es tan imposible de egecutar, si unidos caminamos á tan laudable fin, y si francamente queremos la reforma.

En efecto, señores, dos fuentes únicas posee el hombre para establecer los conocimientos que debe de tener; una de ellas es consignar lo que es anterior á él, lo que los que le precedieron enseñaron; esa fuente rica, esa mina inagotable, de fecundo gérmen, es señores, la *autoridad*.

La autoridad no es otra cosa para el médico que para el filósofo, es el manantial en que hay que apoyarse para sostener verdades reconocidas por una multitud de hombres probos y sin tacha, cosas que hay que admitir, ora no las haya el individuo observado, ó ya las haya confirmado con su experiencia propia; pues bien; ese medio ya le tenemos adelantado; la autoridad existe en medicina; los que nos han antecedido nos han legado grandes verdades que aun no han sido destruidas; aceptémoslas sin miedo, pongámoslas en nuestro código de conocimientos, recopilémoslas privadas del gusto teórico de su época, y colóquense sin mas interpretacion que ellas mismas. La otra fuente no menos hermosa y fecunda, son las observaciones propias; hagámoslas con las precauciones anteriormente dichas, profesemos públicamente lo que nuestra

observacion nos demuestre, formulemos cada año un epílogo científico, y á medida que ultteriores observaciones vayan destruyendo algunos hechos, borremoslos, reemplazemos en su lugar los que la sana razon, la observacion general y el criterio científico hayan sustituido: de este modo en cortos volúmenes puede esponerse la ciencia en un estado antiguo, en la edad media, y entre los modernos.

Hé aqui el medio, el lazo, el pensamiento altamente regenerador para la ciencia y para la juventud; este método formará la ciencia práctica. La ciencia filosófica, la ciencia de la erudicion científica, corresponderá á otra seccion, que se denominaria *Literatura médica*, á diferencia de la anterior, que se nombraria *Clasicismo Médico-Práctica Médica*.

De esta manera se ahorraria mucho tiempo y dinero á los estudiantes; no se los dejaría á bandera desplegada, y entregados á sus propios esfuerzos buscar no siempre con acertada eleccion los libros de un estudio; se uniformaria ese individualismo tan marcado, se destruiria el escepticismo, puesto que manifestando las adquisiciones y verdades que paulatinamente habria consignado la ciencia, no desconfiarían poder alcanzarlas, y desembarazados de una multitud de cuestiones frívolas dirigirían sus miradas á la observacion filosófica y verídica, que formará siempre el sazonado fruto de la verdadera ciencia médica, bien distinta de la erudicion literaria, porque nada es mas cierto que el principio de Adriano Espigelio: *Vidi multos medicos peritisimos in arte, paucos vero in observatione.*

Si pues tan difícil es la observacion, no serán, sin duda, solo los sentidos quien la constituya; si no es facil reunir ese tacto médico tan apreciable, no hay motivo para declarar contra la admiracion que los profesores racionales tienen hácia los grandes y profundos médicos, dotados de este raro talento, y por consecuencia creo muy fundada la máxima de Baglivio «de que la medicina consiste en la observacion.»

Ya escucho mil voces que se levantan contra mí, achacándome que ciego admirador de la observacion, que partidario de los modelos prácticos, incurro en el defectuoso método del empirismo automático, de esa añeja escuela en que todos son iguales con tal que sepan usar de sus sentidos; de ese método que la historia y la ciencia han juzgado ya como desfavorable á los progresos de la medicina; pero los que tan infundadamente esclaman, no conocen ni mis principios ni mis tendencias; no filosofan bien, cuando creyendo encontrar en mí al enemigo de las teorías, juzgan que yo carezco de alguna y que deseo que se borren del mapa de la ciencia; no, no es eso lo que yo quiero; no, no es eso á lo que aspiro; mi pensamiento es rechazar las creaciones imaginarias, las teorías sistemáticas, admitiendo solo los principios fundamentales de las buenas teorías, de los juicios filosóficos, sacados mediante la induccion, la analogía y el análisis filosófico.

Hé ahí, señores, el trípode sobre que deben basar los conocimientos médicos; *analogía, induccion, análisis filosófico*.

No, no seguiré yo la marcha de Cabanis, quien pensaba «que para saber algo de provechoso era necesario dudar de cuanto se habia escrito en Medicina, y permanecer treinta años en esta suspension, volviendo la clínica á su estado primitivo para crearla mas perfecta.» Al declamar contra las teorías, declamo contra los sistemas que se han sucedido en medicina, y contra las creaciones utópicas de nuestros días; si la observacion es como hemos dicho, la consecuencia de los hechos bien entendidos, de las sensaciones bien percibidas, ó como la define nuestro Morejon, «el conocimiento filosófico que resulta de los juicios deducidos por las observaciones repetidas y por los experimentos cuando son necesarios para ilustrarla, y esto constituye la verdadera experiencia,» claro es que nuestra observacion

no es en manera alguna el empirismo material y grosero, sino el verdadero método de adelantar en la medicina, como creyó Bacon de Verulamio, quien decía, «que cuando la mente humana se reconcentra y trabaja sobre sí misma sin buscar en la naturaleza las cualidades de los objetos, produce telas admirables pero frívolas é inútiles.»

«Lo mismo juzgó el sabio Newton, cuando dijo «que todo lo que no se deduce de fenómenos evidentes, merece el nombre de hipótesis, y que estas, ora sean físicas ó metafísicas, no deben tener lugar en la filosofía experimental.» De consiguiente, al oponernos á esas gigantescas concepciones imaginarias, cumplimos un deber filosófico tanto mas necesario, cuanto que la época actual es sobradamente dogmática, quiere explicarlo todo para no explicar nada, rodeándonos con una atmósfera de presunción que parece hemos llegado al máximo de los conocimientos en la ciencia.

Al declararme partidario de la observación, y al inculcar estas doctrinas á la juventud, entiendo que la observación no solo entra por los sentidos, sino por los juicios deducidos de los hechos bien analizados, y por eso creo con Baglivi, Sidenham, Hoffman y otros, que toda la dificultad que existe para la observación, consiste en tener fuerza y agudeza de juicio; pues sin él no existe observación, á no ser aquella de quien Zimmermann dice que es falsa y fugaz, á saber, no la ciencia de muchas observaciones en número, sino de las deducciones filosóficamente sacadas de las cosas que se observaron.

Por manera, que para nosotros, Hipócrates, bajo el concepto de la observación, es el genio mayor que produjo la medicina, menos por los casos particulares que relata, que por el uso sabio que hizo de la inducción, de ese uso que compara Baglivi, según Morejon, «á la abeja que recogiendo la miel de las sensaciones, suministradas por las enfermedades, elaborada en las celdillas del entendimiento, la saca después bien elaborada y perfecta,» en lo que consiste la ideología clínica. Si pues, la inducción, el juicio general, la ley deducida de muchos hechos particulares, es uno de los principales elementos de la observación, es para ser mas exactos, la observación elevada á potencia; ¿por qué no seguimos esa misma línea para establecer las teorías en medicina? Nadie se quejaría que después del descubrimiento del estetoscopio y de la percusión, se hubieran añadido como leyes generales y aforísticas los resultados de las muchas observaciones hechas á consecuencia de esos descubrimientos; ¿se ha hecho esto todavía? no; de consiguiente, en lugar de hacer ese beneficio á la ciencia nos paramos en discutir el modo de formación de los tubérculos, si son de esta ó la otra forma, si se componen de este ó del otro modo, cosa que jamás podremos investigar: á esta clase de investigaciones es á las que llamo quimérico teóricas, mientras que á las primeras las denomino de observación.

En cuanto á la analogía, todo el mundo sabe lo útil y conveniente que es este método bien conocido de Hipócrates cuando había dicho: «que la mayor dificultad en medicina era conocer las diferencias de las semejanzas, y las semejanzas de las diferencias,» texto que comentó muy bien Verloff, y doctrina sostenida por la antigua escuela empírica con el nombre de *Sustitución de una cosa semejante*, especialmente cuando se presentaba una enfermedad análoga pero desconocida.

El análisis filosófico es otro origen que bien estudiado produce fenómenos grandes en el estudio de las especialidades; pasando del conjunto de los síntomas en general á contemplar aquellos que son propios del enfermo, los que pertenecen á la enfermedad y los que dependen de la estación y constituciones epidémicas, no de otro modo se podría formar juicio de cómo una enfermedad que parece distinta bajo algunos aspectos, es real y positivamente la misma que padece otro individuo, tan solo modificada

por algunas condiciones accidentales. En estos tres polos debe de estribar toda buena teoría; pero estas bases que llevamos presentadas son hijas de la observación, de la experiencia, de los hechos como elementos, de las sensaciones, bien percibidas, y de aquí, que como ninguna de las teorías inventadas hasta hoy, estén fundadas en estos principios, por eso las desechamos, por eso vamos á reasumir y epilogar nuestra opinión en cortas palabras, pues estamos seguros con Pinel, que si Hipócrates es tan generalmente acatado, lo debe al buen uso que hizo del análisis en la medicina clínica por lo que sus aforismos son ideas abstractas y generales, deducidas de las sensaciones especiales, reunidas bajo los principios de la *inducción, analogía y análisis filosófico*, de que es necesario no abusar, pues como decía nuestro Zabalá «son genios estériles los que de pocos hechos deducen consecuencias generales» y de aquí, la necesidad de gran número de hechos bien observados, para sacar por inducción máximas generales, que epilogen fielmente el mayor número de hechos á que se ha convenido en dar el nombre genérico de *observación* á la consecuencia, al juicio, no á los hechos, pues estos son únicamente los elementos.

Por lo tanto, reasumiendo en proposiciones cuanto llevo manifestado, os presento como base de las doctrinas que debéis seguir, los siguientes principios.

1.º Antes de formar la inducción son necesarios muchos hechos escrupulosamente observados, verdicadamente descritos, y sin ningún tinte teórico, hipotético ó que salga fuera de la expresión genuina de los mismos hechos.

2.º Al establecer el analogismo, la ley de los semejantes, es necesario tener muy en cuenta que las apariencias engañan, y que las semejanzas deben deducirse, no de la supuesta naturaleza de las cosas, sino de los fenómenos observados, es decir, de las manifestaciones que la enfermedad presenta á nuestros sentidos.

3.º Que el análisis debe conducirnos á establecer: qué se debe al individuo, á la constitución atmosférica, á las circunstancias accidentales; para de este modo no incluir en la analogía ó la inducción, aquello que corresponde al particular, y que solo da indicaciones especiales; pues esto solo atañe al criterio científico individual, y no puede esponderse en los principios generales.

4.º Que como resultado de estas leyes, anualmente debiera epilogarse (después de las discusiones científicas académicas) los principios á que hubieren dado márgen las enfermedades observadas.

5.º Que en la propinación de medicamentos, deben guardarse las mismas leyes de la inducción y analogismo, deducidas de la observación clínica, desechando las explicaciones teóricas sobre el modo de obrar la curación, los medicamentos, porque esto es hipotético é imposible de averiguar.

6.º Establecer principios generales, tratados especiales en que las enfermedades fuesen presentadas bajo esas bases, relativamente á sus causas efectivas; los síntomas mas frecuentemente observados (abstracción hecha de individuos y constituciones), el pronóstico según la serie y marcha de aquellos mismos, y el tratamiento que la observación clínica hubiere recomendado, como mas conforme y constante en resultados benéficos al género humano.

De esta manera, con dictámenes arreglados á conciencia y á la mas severa observación, se borrarán para siempre del templo de Esculapio las vanidosas teorías, las hipótesis que por espacio de tantos siglos han dominado las cabezas de grandes hombres, que habiendo seguido el impulso y las ideas referidas, hubieran tenido una reputación menos precóz, sí, pero mas duradera é inmortal; mientras que engolfados en los ensueños que su imaginación les creara, representaron la famosa tela de Ariadna, y de error en error, de duda en duda, de

animosidad en animosidad han sostenido y sostienen aun una opinión vulgar que no se encuentra disculpada á pesar de los hechos aducidos. Esa opinión, sostenida fuertemente, es la de que «la medicina es un arte conjetural»; impostura atroz, si se consideran las verdades que encierra en sí esta preciosa ciencia; sátira sobrado benigna, si bajo el nombre de medicina y de ciencia, se admite el continuo vagar de nuestras teorías, de nuestros sistemas, y de las concepciones atrevidas que las dictaron.

Sí, señores, sí, sobrado cierto es que el camino trazado por los cabalistas, los neumáticos, los arabistas, Paracelsos, Van-Helmones, Willis, Silvio de la Rue, los Sthal, los Hanne-man, los Baumes, Broum, Rasori, Giannini y Brouseais, han sido un camino de perdición para la medicina práctica, un escollo terrible en que hubo de naufragar la verdadera medicina, en medio de la grita y la tormenta de tanto innovador osado, de cuyos extravíos quedará una huella sangrienta en la memoria de las futuras generaciones, que solo podrán perdonarlos, en gracia tambien de que en medio de esas concepciones atrevidas dejaron semillas de consuelo, y presentaron nuevos hechos que hicieron resplandecer con mas brillantez la medicina Hipocrática.

La posteridad rendirá justicia á esa turba de innovadores, y quiera el cielo no diga de todos ellos lo que Lancetrie dijo del gran Boherrave: «que no vió á la naturaleza por sí, sino que la recibió de manos ajenas, reuniendo todos los sistemas, por lo que le mira como un combinador mas bien que como un hombre de génio»; con que si eso se dijo del gran Boherrave, cuya erudición espanta, ¿qué quedara de los demas? solo los hechos de su observación, lo demas perecerá, como resultado de imaginaciones creadoras, pero poco á propósito para la ciencia que habian emprendido, en la que vale mas el juicio que las galas de una imaginación feliz.

Antes de concluir, señores Académicos, antes de terminar este discurso, permitidme tambien que yo os recuerde un deber sagrado para la generación presente, para la juventud médica española. Hasta aqui os he hablado como hombre de ciencia, amante de esta porque la ciencia es cosmopolita y no reconoce patria; pero ahora debo hablaros como español, y español amante de las glorias nacionales. Sí, señores, debo levantar mi débil voz, debo dirigirme á quien puede modificar una opinión errónea y sobradamente injusta, y yo no cumpliría hoy con mi deber, si no digese á esa juventud ardiente, que le está reservada una gloria, una corona inmarcesible y un triunfo completo; esa gloria, esa corona, ese triunfo, señores, es la regeneración de la medicina española, la creación de una escuela nacional.

A vosotros, jóvenes ilustres, á vosotros toca sacudir el yugo ominoso que nos ha impuesto la literatura extranjera; á vosotros está reservado el galardón patriótico, de renovar los recuerdos europeos que en pos de sí dejaron los Vallés, los Collados, los Dazas, y tantos célebres españoles.

Si acaso alguna vez encontrais obras nacionales, leedlas y repasadlas con atención, para conocer lo que á vuestros ascendientes debe la olvidadiza Europa, y para que contesteis tambien á algunos neófitos en la literatura que se reirán de vosotros, al veros entusiasmados por obras que, según su estragado juicio, debieran permanecer en la oscuridad y el olvido.

No olvideis, en fin, la expresión demasiadamente célebre, de un distinguido orador, que en una ocasión solemne exclamó: «No maldigais la generación que os precedió, porque esa generación es la de vuestros padres.»

Educados en estos sublimes principios, poseyéndolos como los poseéis, por sentimiento y por convicción, yo confío, Señores, que sabreis inaugurar este año académico con sesiones eminentemente útiles al progreso y felicidad del género humano, único objeto y

antorcha luminosa que debe guiarnos en la investigación misteriosa de la naturaleza.

Nuestra ciencia, Señores, es grande, es imposible que se pueda abarcar, no ya toda en conjunto, ni aun siquiera en toda la extensión de un ramo; por eso mismo, así como por la variedad de leyes y circunstancias con que tiene que luchar el facultativo, es sin disputa una de las mas difíciles, si bien de las mas necesarias y nobles, según lo expresa el siguiente adagio de un pueblo oriental: «Todas las artes son obra de los hombres; pero la medicina debió salir de la mano de Dios.»

He cumplido, Señores, mi compromiso, si no tan bien como hubiera deseado, ni con aquella lucidez y elocuencia á que estáis acostumbrados, al menos puedo decir con franqueza, que ninguno de cuantos me han precedido me escedió en amor á la Academia, en entusiasmo por la ciencia que profeso, y en reconocimiento eterno hácia el favor que me habeis dispensado, y la benévola atención que me prestasteis, de cuya finura os quedo completamente reconocido.—Dije.

Academia de Esculapio.

SECRETARIA GENERAL.

Resultado de las elecciones de cargos, celebradas en los días 1, 11, 12 y 16 del corriente mes.

CARGOS GENERALES.

Vice-Presidente, Dr. D. Bartolomé Obrador. Tesorero, Dr. Francisco Perez Barona. Bibliotecario, Dr. Robustiano Torres. Secretario general, D. Francisco de Paula Monedero. Secretario de Gobierno, D. Ignacio Serrano.

Junta de Gobierno.

Por la primera seccion, D. Manuel Hidalgo Rivera. Suplente, D. Andrés Arias y Robles. Por la segunda, D. José Diaz Benito y Angulo. Suplente, D. Telesforo Cano y Martin. Por la tercera, D. Manuel Lino García. Suplente, D. Jorge de Priego. Por la cuarta, D. Esteban Sanchez Ocaña. Suplente, D. Bonifacio Montejo. Por la quinta, D. Francisco Ramirez. Suplente, D. Aurelio Alferez. Por la sexta, D. Bernardo Martin Sacristan. Suplente, D. José Abascal.

Primera seccion.

Presidente, Dr. D. Ildefonso Martinez. Vice-Presidente, D. Domingo Perez Gallego. Secretario, D. Joaquin Antonio Malo. Vice-Secretario, D. Vicente Ozti y Lara.

Segunda seccion.

Presidente, Dr. D. José María López. Vice-Presidente, D. Basilio San Martin. Secretario, D. Manuel Maquivar. Vice-Secretario, D. Joaquin del Rio.

Tercera seccion.

Presidente, Dr. D. Mariano Ortega. Vice-Presidente, D. José Antonio Moñino. Secretario, D. José Baldomero García. Vice-Secretario, D. Felix Salgado y Valdés.

Cuarta seccion.

Presidente, Dr. D. Tomás Corral. Vice-Presidente, D. Anastasio García Lopez. Secretario, D. Ezequiel Carnicer y España. Vice-Secretario, D. Fernando Mendez.

Quinta seccion.

Presidente, Dr. D. Vicente Asuero. Vice-Presidente, D. Ramon de Zamarripa. Secretario, D. Agustín Albarran y Toro. Vice-Secretario, D. Gregorio Barroeta.

Sesta seccion.

Presidente Dr. D. Pedro Mata. Vice-Presidente, D. Benito García de los Santos. Secretario, D. José Lopez. Vice-Secretario, D. Francisco Delgado.

Madrid y Diciembre 18 de 1846.—El Secretario general, *Francisco de Paula Monedero*.

VARIEDADES.

Nuestro apreciable colega la *Homeopatía* nos acusa de indolentes y apáticos en la discusión que con él tenemos aplazada. Pierda cuidado la *Homeopatía*; dentro de poco nos dirá todo lo contrario. Pueden constarle los trabajos que hasta ahora nos han absorbido todo el tiempo y no son nuestras fuerzas intelectuales tan hercúleas que á todo podamos hacer frente con buen éxito. Hemos tomado la tarea relativa á la *Homeopatía* con empeño, y queremos consagrarla todo nuestro tiempo. Hé aquí el verdadero y único motivo de nuestra dilación.

Un tal M. J. Gonzalez y Crespo, médico, si no estamos mal informados, de los baños de Trillo; (1) ha publicado contra nosotros en el *Boletín de Medicina Cirugía y Farmacia*, (siempre el mismo Boletín), un largo, un eterno comunicado, con su correspondiente apéndice de notas á cual mas chistosas y oportunas, sobre un artículo que hace mas de dos meses escribimos, refiriendo un caso práctico de cirugía, en el cual amputó con feliz éxito un brazo gangrenado, nuestro amigo D. Manuel Soler. Ocioso es decir que, siendo el *Boletín* el vehículo de las altas concepciones del Sr. Crespo, el comunicado es fuertecillo y virulento que digamos. No estamos de humor para contestar seriamente á ese buen médico que con tan poco respeto nos trata. Nosotros solemos reírnos y compadecernos de esa clase de irritabilidades, para quienes cualquier cosa es una picadura de tarántula. Por lo que pueda afectar su artículo á nuestro amigo, escribimos estas líneas; de lo contrario dejaríamos al Sr. Crespo dueño del campo, espantados de esa cara feroche que sabe poner al enemigo.

Tres cosas diremos al señor Crespo.

1.^a Que el enfermo amputado está completamente restablecido y ha salido ya á paseo; en la inteligencia, que esto fué anterior al día en que ha salido á luz el comunicado, donde con las mas sanas intenciones el articulista quiere dar á entender que el enfermo sigue todavía de cuidado, quizás por haber dejado el operador demasiado hueso en el muñón.

2.^a Que el inacabable artículo del Sr. Crespo, nos confirma mas y mas en lo que digimos; es la prueba de nuestras proposiciones y principalmente en cuanto á lo poco digno que es decir un facultativo, aunque médico, puro de otro, aunque cirujano, que una sangría mal hecha fué la causa de la enfermedad de Odriozola: lo mismo que darle por enfermo todavía, cuando ya ha salido á paseo de todo punto curado.

3.^a Que puesto que en concepto del señor Crespo nuestro artículo mas parece de un aguador ó barrendero que de un médico-cirujano.

(1) Rogamos á nuestros lectores que nos disimulen por el tono de este artículo, al cual nos obliga lo moscas que suelen ser ciertas gentes.

jano, aprovecharemos las próximas vacaciones para dar una vuelta por los baños de Trillo, con el objeto de que se digne darnos en sus ratos de ocio una lección de cirugía ese Dupuytren de la Alcarria.

Para combatir los vómitos que sobrevienen durante el embarazo se practican en el vientre de la mujer afectada de ellos fricciones con una pomada compuesta de 3 partes de extracto de belladona y 30 de manteca, ó mejor con una disolución acuosa de dicho extracto espesada hasta la consistencia de jarabe.

El acetato de plomo unido á la sangría le ha producido buenos resultados á M. Seners Pirondi en el tratamiento de la hemoptisis. A veces se puede emplear solo.

Contra la erisipela ya espontánea ya traumática emplea M. Jobert la pomada siguiente: de manteca una onza, de nitrato de plata un escrúpulo. Con estas fricciones se detiene la marcha de la erisipela; y á veces hasta se suprime rápidamente la erupción. Velpeau dice que no reconoce ninguna influencia en esta pomada, y preconiza con el mismo objeto la siguiente: de sulfato de hierro de 8 á 10 escrúpulos; de manteca, de onza á onza y media.

Una señorita fué atacada de furor uterino, de alucinaciones, de ilusiones y de un delirio lipemaniaco; se imaginaba que su marido queria asesinarla, y fué conducida á una casa de dementes donde permaneció bajo la influencia de esta monomanía. Uno de sus hijos murió, y M. Michea, encargado de su asistencia, aprovechó esta ocasión para impresionar vivamente su moral, anunciándole bruscamente y sin ninguna precaución esta fatal noticia; y en efecto, al día siguiente habia una mejoría notable de su estado mental, y tres dias despues la locura habia completamente cesado.

El autor del incendio de San Mauricio, que habia confesado su crimen, se ha suicidado á los 53 años en la prisión en que estaba encerrado. Se le encontró tendido en la cama, y en el cuello una tira de cuero que apenas podia dar una vuelta: entre este lazo y la nuca habia un pequeño baston que sirvió de tornillo para ir apretando mas y mas su cuello. Este género de estrangulación tan horrible es notable y la ciencia le debe tener presente, porque con su propia mano fué quitándose la vida con una voluntad superior al instinto de conservación, pues las otras maneras de estrangularse dependen de un solo movimiento; mas para el que hemos referido es necesario una fuertísima resolución.

Otro suicidio se refiere no menos notable, que consistió en introducirse la víctima por las narices unos trozos de madera puntiagudos con bastante fuerza para que las puntas llegaran hasta el cerebro. Por la abertura del cadáver se encontró que este infeliz ya habia hecho tentativas semejantes.

El tribunal correccional de Digne se ha ocupado en octubre pasado de un asunto extraordinario.—Un labrador y propietario de Lioux fué acometido de un acceso de demencia, figurándose que tocaban á muerto en la iglesia y que habia llegado su última hora: todo el día pasó en una exaltación inesplicable á pesar de los cuidados de su familia. Al día siguiente se subió á lo mas alto de la casa en medio de un delirio grande, y despues de haberse despojado de todos sus vestidos hizo un largo discurso lleno de incoherencias, practicando los gestos mas desordenados. Al medio día, por uno de esos efectos de imitación de que la ciencia tiene algunos ejemplos singulares, la misma exaltación se apoderó de su mujer y de toda su familia, y la de su hermano, compuesta de trece individuos. Los dos hermanos Marcelino y Juan, sus mujeres, dos hijas de quince á diez y ocho años, y siete hijos mas jóvenes, todos reunidos salieron á la calle sin vestidos, dirigiéndose á la iglesia, donde hubieran entrado á no haberseles impedido.

Toda la población estaba aterrada creyendo que estos infelices estaban poseídos de los demonios. Al día siguiente todos estos enagenados marcharon en camisa á un pequeño oratorio que hay cerca de Lioux, llevando con toda solemnidad una moneda en la que creían ver los restos de sus padres; se arrodillaron y adoraron esta moneda.

La justicia se apoderó de ellos y los encerró.

SUSCRITORES DE LA FACULTAD.

251	Eustaquio Gomez.	10001	10040	312	Juan Lartiga y Cors.	12441	12480
252	Manuel Guillermo Rodriguez.	10041	10080	313	Estevan Lopez Carrera.	12481	12520
253	Felix Gonzalez Blanco.	10081	10120	314	Gabriel Lopez.	12521	12560
254	José Giró.	10121	10160	315	Isac de Lastre.	12561	12600
255	José Guerrero.	10161	10200	316	Narciso Lopez Menchero.	12601	12640
256	J. G.	10201	10240	317	Gregorio Lopez.	22641	12680
257	Miguel Gonzalez y Gonzalez.	10241	10280	318	Marcos Lopez.	12681	12720
258	José Gonzalez.	10281	10320	319	Angel Luis.	12721	12760
259	Segundo Gimenez.	10321	10360	320	Juan Lopez Peñalver.	12761	12800
260	Mannel Guillorme.	10361	10400	321	Rafael Lozcós.	12801	12840
261	Antonio Gil.	10401	10440	322	Francisco Lopez y Gomez.	12841	12880
262	Eduardo Guasch.	10441	10480	323	Antonio Larrimbe.	12881	12920
263	Domingo Gimeno.	10481	10520	324	Jorge Antonio Lalinda.	12921	12960
264	Genaro Gil.	10521	10560	325	Lorenzo Luis.	12961	13000
265	Andres Guamet.	10561	10600	326	Ramon Limiñana.	13001	13040
266	José Gatus.	10601	10640	327	Mariano Laborda.	13041	13080
267	Juan Garcia Esteban.	10641	10680	328	Francisco Lloret.	13081	13120
268	Lucas Garcia Alonso.	10681	10720	329	Andrés Merino.	13121	13160
269	Juan Miguel Gonzalez.	10721	10760	330	Joaquin Antonio Malo.	13161	13200
270	Felipe Gil Romaquera.	10761	10800	331	Bonifacio Montejo.	13201	13240
271	José Gon y Molinas.	10801	10840	332	Salvador Martín y Perez.	13241	13280
272	Tomás Guerrero.	10841	10880	333	Bernardo Martín.	13281	13320
273	Benito Gonzalez.	10881	10920	334	Tomás Martínez Serrano.	13321	13360
274	Antonio Gil y Carpena.	10921	10960	335	Vicente Masarnau.	13361	13400
275	Mariano Gonzalez y Saman.	10961	11000	336	Damian Martín.	13401	13440
276	Nicolas Goyoaga.	11001	11040	337	Juan Manuel Martínez.	13441	13480
277	Florencio Guillen.	11041	11080	338	Fernando Mendez.	13481	13520
278	Leandro Garcia Lopez.	11081	11120	339	Ildefonso Medina.	13521	13560
279	Mariano Guijarro.	11121	11160	340	Ildefonso Morate.	13561	13600
280	Juan Guidarte.	11161	11200	341	Manuel Menendez Albarrán.	13601	13640
281	Victoriano Lopez.	11201	11240	342	José Meseguer.	13641	13680
282	Cosme Gil Isabel.	11241	11280	343	José Ramon Martínez.	13681	13720
283	Ezequiel Gimenez.	11281	11320	344	Gerónimo Martínez.	13721	13760
284	Pascual Galiana.	11321	11360	345	Francisco Mateos.	13761	13800
285	Manuel Francisco Herrero.	11361	11400	346	Manuel Martínez Luna.	13801	13840
286	Justo de Haro.	11401	11440	347	José Martínez y Llamazares.	13841	13880
287	Manuel Hidalgo Rivera.	11441	11480	348	Mariano Mendez.	13881	13920
288	Juan Hava Solís.	11481	11520	349	Gabriel Mora Garcia.	13921	13960
289	Luis del Hom.	11521	11560	350	Francisco Morán Gomez.	13961	14000
290	Francisco Iraola.	11561	11600	351	Antonio Moreno.	14001	14040
291	Manuel Izquierdo.	11601	11640	352	Ignacio Medrano.	14041	14080
292	Antonio Iborra.	11641	11680	353	Francisco de P. Monedero.	14081	14120
293	Juan Jorge de los Rios.	11681	11720	354	Fausto Martínez.	14121	14160
294	Lucas Jurado.	11721	11760	355	Celestino Martín Palomar.	14161	14200
295	Antolin Juan de Juan.	11761	11800	356	José Montaña.	14201	14240
296	José Julbe.	11801	11840	357	Mariano Manso.	14241	14280
297	Fernando Julian.	11841	11880	358	Vicente Martín Moreno.	14281	14320
298	José Just.	11881	11920	359	Aquilino Manzaneque.	14321	14360
299	Simon Jenias.	11921	11960	360	Andrés Muñoz.	14361	14400
300	Mariano Llorente.	11961	12000	361	Juan Montilla.	14401	14440
301	José Lamano.	12001	12040	362	Antonio Morillas.	14441	14480
302	Felix Lenar.	12041	12080	363	Francisco Monfort.	14481	14520
303	Manuel Lopez de la Fuente.	12081	12120	364	Alfonso Martínez Carmona.	14521	14560
304	Nemesio Lallana.	12121	12160	365	Felipe de las Matas.	14561	14600
305	Rafael Lupiani.	12161	12200	366	Francisco Montaña.	14601	14640
306	Gregorio Lozano.	12201	12240	367	José de Medina.	14641	14680
307	Ceferino Lozano.	12241	12280	368	Vicente Martínez Montes.	14681	14720
308	Mannel Lino Garcia.	12281	12320	369	Francisco Mora.	14721	14760
309	José María Lopez.	12321	12360	370	Patricio Monsó.	14761	14800
310	José Lopez y Gonzalez.	12361	12400	371	Cecilio Montañés.	14801	14840
311	Mariano Lázaro.	12401	12440	372	José Morillo.	14841	14880

373	Domingo Moreses.	14881	14920	433	Francisco de Pablo Blanco.	17281	17320
374	Francisco Mansebo.	14921	14960	434	Rafael Probanza.	17321	17360
375	Juan Moreno.	14961	15000	435	Isidoro Pantoja.	17361	17400
376	Vicente Martin.	15001	15040	436	José Peña.	17401	17440
377	Antonio Miret.	15041	15080	437	José Antonio Paredes.	17441	17480
378	Vicente Millan.	15081	15120	438	Antonio Porrit.	17481	17520
379	Dionisio Mediano.	15121	15160	439	José Pastor.	17521	17560
380	Matías Martin.	15161	15200	440	Jaime Parcet.	17561	17600
381	José Macholi.	15201	15240	441	José Maria Pelegri.	17601	17640
382	Federico Melcior.	15241	15280	442	Joaquin Padrines.	17641	17680
383	José Molló.	15281	15320	443	Vicente Perez.	17681	17720
384	Francisco de P. Muñoz y Masa.	15321	15360	444	José Planas y Casas.	17721	17760
385	José Antonio Marti.	15361	15400	445	Francisco Pascual.	17761	17800
386	Eugenio Morais.	15401	15440	446	Juan Pascual y Ferrer.	17801	17840
387	Antonio Aulés.	15441	15480	447	José Pejoan y Pons.	17841	17880
388	José Martinez y Mantecon.	15481	15520	448	Manuel Pastor.	17881	17920
389	Joaquin Milla.	15521	15560	449	Joaquin Ponce.	17921	17960
390	José Moles.	15561	15600	450	Pedro Plaza.	17961	18000
391	José Marquez.	15601	15640	451	Agustin Celestino de Pelayo	18001	18040
392	Melquiades Mayora.	15641	15680	452	José Pastor.	18041	18080
393	Manuel Lopez.	15681	15720	453	Eusebio Puras.	18081	18120
394	Manuel Muela.	15721	15760	454	Pascual Pardo.	18121	18160
395	Gregorio Mazon.	15761	15800	455	Genaro Perez de Zudaire.	18161	18200
396	Antonio Noguerol.	15801	15840	456	Matías Perez.	18201	18240
397	Joaquin Nuñez.	15841	15880	457	Francisco Polo.	18241	18280
398	Manuel Navarro Cantalapiedra.	15881	15920	458	Manuel Perez Sisay.	18281	18320
399	Antonio Navarro.	15921	15960	459	José Perez.	18321	18360
400	Antonio Andreu.	15961	16000	460	Eustaquio Pizarro Tarrío.	18361	18400
401	Juan Navarro.	16001	16040	461	Joaquin Quintana.	18401	18440
402	Francisco Nogués.	16041	16080	462	Seralin Quintero.	18441	18480
403	José Angel Navasa.	16081	16120	463	Domingo Ramos Queipo.	18481	18520
404	Alonso Nieto Villarejo.	16121	16160	464	Pedro Maria Rubio.	18521	18560
405	Segundo Ozores.	16161	16200	465	Juan Julian Reguera.	18561	18600
406	Angel Ochoa.	16201	16240	466	Santiago Rodriguez.	18601	18640
407	Dionisio Ortiz.	16241	16280	467	Enrique Rodriguez Caballero.	18641	18680
408	José Olavide.	16281	16320	468	Fermin Ruiz.	18681	18720
409	Mariano Ortega.	16321	16360	469	Miguel Rubio.	18721	18760
410	Isidoro Ortega.	16361	16400	470	Domingo Roca.	18761	18800
411	Francisco Ortiz Tallantes.	16401	16440	471	Filiaco María Ruiz.	18801	18840
412	Juan José Onzalo.	16441	16480	472	Saturnino del Rio.	18841	18880
413	Valero Otal Ruiz.	16481	16520	473	Antonio Redondo Rivero.	18881	18920
414	Mariano Antonio Orense.	16521	16560	474	Faustino Rueda.	18921	18960
415	Ignacio Ojuel.	16561	16600	475	Rufino Martin Risaldo.	18961	19000
416	Eulogio Olmedo.	16601	16640	476	Benito Ruiz Ogarrio.	19001	19040
417	Toribio Ordoñez.	16641	16680	477	Gerónimo Roura.	19041	19080
418	Nicolás Ortega.	16681	16720	478	José Maria Restrebada.	19081	19120
419	Francisco Ochoa.	16721	16760	479	Joaquin del Rio Gutierrez.	19121	19160
420	Andrés de la Orden.	16761	16800	480	Felix Rodriguez.	19161	19200
421	Fermin Ozamis.	16801	16840	481	Basilio Ruiz y Morcillo.	19201	19240
422	Manuel Perez y Perez.	16841	16880	482	Juan Antonio Riesgo.	19241	19280
423	Agustin del Pozo.	16881	16920	483	Manuel de Rotes.	19281	19320
424	Miguel Perez.	16921	16960	484	Antonio Rodriguez.	19321	19360
425	José Antonio Perez de la Flor.	16961	17000	485	Manuel Romero y Lopez.	19361	19400
426	Fernando Plano.	17001	17040	486	Pedro Leandro Romero.	19401	19440
427	Tomás Pallares.	17041	17080	487	Joaquin Rueda y Lacambra.	19441	19480
428	Cárlos Perez Contreras.	17081	17120	488	Francisco Ramo.	19481	19520
429	José Perez.	17121	17160	489	Pedro Ramo.	19521	19560
430	Mariano Perez.	17161	17200	490	Blas Rafart.	19561	19600
431	Juan Portillo Montero.	17201	17240	491	Vicente de Ribas.	19601	19640
432	Mariano Pardave.	17241	17280	492	Sinforiano Ruliflanhas.	19641	19680

PUNTOS DE SUSCRICION. Se admiten suscripciones por menos de un año, y el pago podrá hacerse todos los meses á razon de 6 rs. en Madrid, y por trimestres en provincia á razon de 7 rs. al mes. Los que adelantase el pago de un semestre, solo pagarán en Madrid 34 rs., y en provincia 40. Los que adelantasen el año entero, pagarán en Madrid 66 rs. y en provincia 78.—El año de suscripcion empezó en octubre de 1843, y terminará en setiembre de 1846. Para los premios grandes se admitirán suscripciones en cualquiera mes y día, bajo la condicion de satisfacer en el acto, ademas del mes corriente el valor correspondiente á los meses transcurridos del año, como si la suscripcion se hubiese hecho en 1.º de octubre. Esta última clase de suscritores no recibirá los números del periódico anteriores á la fecha de la suscripcion, sino en el caso de tenerlos sobrantes la Empresa.—Hoy los hay sobrantes desde el primer número inclusive.—El suscriptor que dejase de pagar un mes, sobre no recibir el periódico, no entrará en suerte para los premios hasta que se satisfaga lo que hubiese dejado de pagar.

PUNTOS DE SUSCRICION. Madrid.—En la Direccion y Redaccion del periódico, calle de Atocha, número 96, cuarto principal de la izquierda.—Portería de la Facultad de medicina (antes Colegio de San Carlos).—Monier, Carrera de San Gerónimo.—Portería de la Facultad de Farmacia.—Establecimiento farmacéutico de García, calle de Atocha, número 23.—PROVINCIA.—Barcelona, Sauri, calle Ancha.—Cádiz, librería de Bosch, calle de la Verónica.—Valencia, Andreu, farmacéutico.—Santiago, Portería de la Universidad.—En las librerías principales y administraciones de Correos.

En cualquier puto de la Peninsula que se desee el periódico, se recibirá á domicilio, remitiendo á favor del director, franca de porte, una libranza contra Correos por el valor de un trimestre, semestre, ó de la suscripcion de un año, segun lo arriba espuesto.—No se admiten cartas no franqueadas.

Madrid.—Imp. de Ducazcal.